

*La penetración del Liberalismo Neoclásico en las Políticas de Gestión Económica Estadounidenses (1969-1971)**

David Sarias Rodríguez

Universidad San Pablo-CEU

Resumen: Este artículo reexamina la evolución de un grupo de economistas liberal neoclásicos de perfil tecnocrático liderados por Milton Friedman dentro del movimiento conservador norteamericano y la estrategia que siguieron para acceder a puestos de alta responsabilidad en el ejecutivo de Richard Nixon. Asesorado por estos economistas, Nixon inició un proceso calculado para alterar significativamente los parámetros que constreñían la gestión económica del Estado *antes* de que procesos de mal funcionamiento estructural facilitaran la introducción de reformas. Ejerciendo el poder, estos economistas transformaron la percepción del liberalismo neoclásico, cambiaron la naturaleza del movimiento conservador y condicionaron la evolución subsecuente de las economías avanzadas.

Palabras clave: monetarismo, movimiento conservador norteamericano, gestión económica, neoliberalismo, Richard Nixon.

Abstract: This article re-examines the evolution of a group of liberal neoclassical economists within the American conservative movement and the strategy they followed to gain access to positions of high responsibility in the Nixon administration. After these economists' advice Nixon initiated a process calculated to significantly alter the es-

* Este artículo ha sido posible gracias a la asistencia del proyecto de investigación HAR2010-21694/HIST, del Plan Nacional de I+D+I (2011), Ministerio de Economía y Competitividad, el History Department, University of Sheffield, la Gerald R. Ford Foundation, la Royal Historical Society y el Guilden Lehrman Institute for American History.

established parameters constraining public economic policy *before* the effects of structural phenomena facilitated the introduction of reforms. Through the exercise of power, these economists transformed the perception of classical liberalism, changed the nature of the conservative movement and conditioned the subsequent evolution of the advanced economies.

Keywords: monetarism, American conservative movement, economic policy, neoliberalism, Richard Nixon.

Entre 1969 y 1973, Richard Nixon ensayó un nuevo mensaje político y formas de gestión pública novedosas. Su administración supuso el primer paso en la senda que llevó a la sustitución de formas de gestión pública liberal-progresistas entonces dominantes por una nueva «síntesis» basada en principios filosóficos, políticos y económicos conservadores¹. Este artículo se centra en el aspecto económico, visto aquí como algo más que el resultado caótico del oportunismo electoralista nixoniano². Tal y como los politólogos de los años ochenta intuyeron, la mayor apertura de las fuentes orales y, ante todo, el registro de archivos escritos inaccesibles hasta fechas recientes, y en algunos casos aún sin catalogar, permiten al historiador ratificar que, aunque el oportunismo abundó en la gestión de Nixon, tanto ésta como sus consecuencias fueron poderosamente influidas por los puntos de vista filosóficos e ideológicos del presidente y de sus principales asesores³. Estas páginas examinan los

¹ Matthew LASSITER: *The Silent Majority: Suburban Politics in the Sunbelt South*, Princeton, Princeton University Press, 2006; Bruce J. SCHULMAN y Julian E. ZELIZER (eds.): *Rightward Bound: Making America Conservative in the 1970s*, Cambridge MA, Harvard University Press, 2008; David SARIAS: «Las primarias republicanas de 1968: Richard Nixon y la modernización del conservadurismo sureño», *Historia y Política, Ideas, Procesos y Movimientos sociales*, 20 (2008), pp. 293-312; Robert MASON: *Richard Nixon and the Quest for a New Majority*, Chapel Hill NC, University of North Carolina Press, 2004, y Rick PERLSTEIN: *Nixonland: The Rise of a President and the Fracturing of America*, Londres, Scribner, 2008.

² Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy: Booms, Busts, Dollars and Votes*, Lawrence KA, University Press of Kansas, 1998, y Stephen M. WEATHERFORD: «The Interplay of Ideology and Advice in Economic Policy: The Case of Political Business Cycles», *The Journal of Politics*, vol. 49, 4 (1987), pp. 925-952.

³ John S. ODELL y Thomas WILLET (eds.): «Introduction to International Monetary Cooperation, Domestic Politics and Policy Ideas», *Journal of Public Policy*, vol. 8, 3/4 (1988), p. 229; John S. ODELL: «The US and the Emergence of Flexible Exchange Rates: An Analysis of Foreign Policy Change», *International Organisation*,

mecanismos de circulación de ideas desde la esfera académica y teórica hasta los círculos de la alta política al tiempo que reevalúan las asunciones aceptadas que han minimizado el papel de Nixon en la consolidación del conservadurismo norteamericano centrándose, casi en exclusiva, en la trayectoria de Ronald Reagan y del candidato republicano a la presidencia en 1964 Barry Goldwater⁴.

El movimiento conservador norteamericano se componía de al menos seis sub-familias epistémicas: tradicionalistas, conservadores sureños, liberales neoclásicos, neoconservadores, conservadores «organizacionales» del American Enterprise Institute y los jóvenes turcos de la «nueva derecha». Cada uno de estos grupos operaba de forma autónoma pero todos estaban unidos entre sí por vínculos organizativos, coincidencias ideológicas e intereses políticos compartidos (notablemente la aspiración a influir en el Partido Republicano). En 1968, cuando Nixon trataba de alcanzar la presidencia, el liderazgo conservador todavía residía en el autoproclamado «núcleo duro» de intelectuales tradicionalistas reunidos alrededor de las páginas del semanario *National Review*, encabezado por su editor jefe William F. Buckley (*ergo* también conocidos como *buckleyites*)⁵. Aunque eficientes en la discusión intelectual,

vol. 33, 1 (1979), pp. 57-81, p. 58, e íd.: *US International Monetary Policy. Markets, Power and Ideas as Sources of Change*, Princeton, Princeton University Press, 1982. Los archivos de Milton Friedman —en particular las secciones aún sin catalogar— contienen valiosos memorandos y comunicaciones internas de la campaña presidencial y subsecuente administración Nixon.

⁴ Sarah Katherine MERGEL: *Conservative Intellectuals and Richard Nixon: Re-thinking the Rise of the Right*, Nueva York, Palgrave, 2010; Godfrey HODGSON: *The World Turned Right Side Up: A History of the Conservative Ascendancy in America*, Boston, Houghton Mifflin, 1996; José María MARCO: *La Nueva Revolución Americana*, Madrid, Ciudadela, 2007; Michael SCHALLER: *Right Turn: American Life in the Reagan-Bush Era 1980-1992*, Nueva York, Oxford University Press, 2007; Jean HADDISTY: *Mobilizing Resentment: Conservative Resurgence from the John Birch Society to the Promise Keepers*, Boston, Beacon Press, 1999; John MICKLETHWAIT y Adrian WOOLDRIDGE: *The Right Nation: Conservative Power in America*, Nueva York, Penguin, 2004; Jerome L. HIMMELSTEIN: *To the Right: The Transformation of American Conservatism*, Berkeley, University of California Press, 1990; James A. HUIYA: «The Conservative 1960s», *Journal of American Studies*, 37, 2 (2003), pp. 201-227; Joan HOFF: *Nixon Reconsidered*, Nueva York, Basic Books, 1994, y David GREENBERG: *Nixon's Shadow: The History of an Image*, Nueva York, Norton, 2003.

⁵ «Publisher Statement», *National Review*, 19 de noviembre de 1955, p. 5. Acerca del uso del término «movimiento» véase Donatella DELLA PORTA y Mario DIANI: *Social Movements, An Introduction*, Oxford, Blackwell, 2006.

este grupo no podía ofrecer alternativas de gestión pública creíbles, coherentes y listas para ser implementadas. Esta labor recaería en un grupo de economistas liberales neoclásicos que operó en el seno de la administración, constituyéndose como el primer segmento del movimiento capaz de actuar en positivo desde dentro del ejecutivo para diseñar y desarrollar nuevas formas de gestión pública basadas en el canon conservador⁶.

Las opciones que los neoliberales impulsaron y fueron adoptadas por Richard Nixon tuvieron una importancia crítica y fueron tan fundamentales como fenómenos «estructurales» que o aún no eran totalmente entendidos u ocurrieron *después* de que Nixon adoptara algunas de sus reformas más importantes. La intratable *estanflación* de los años setenta o la expansión incontrolable del coste asociado a los proyectos asistenciales diseñados por la administración del presidente Lyndon Johnson en el marco de la *Great Society* sin duda contribuyen a explicar el desplazamiento sostenido de los gestores públicos hacia posturas distintas a las previamente dominantes. No obstante, con sus acciones, Nixon contribuyó a que la narrativa económica conservadora pasara del plano teórico y una posición de marginación académica a ser la base de un programa de acción presidencial y a que la elite dirigente norteamericana adoptara como propias posturas asociadas con paradigmas liberal-neoclásicos. Consecuentemente, esas narrativas serían más tarde readoptadas o mantenidas por administraciones subsecuentes con menos resistencia política y social de lo que habría cabido esperar. El éxito inmediato de las iniciativas neoliberales adoptadas por la Casa Blanca de Nixon fue limitado, pero su gestión alteró tanto el lenguaje gubernamental como el marco ideológico en el que las autoridades públicas debían operar. Parafraseando la conclusión de dos historiadores acerca de Reagan, los neoliberales de Nixon lograron «cambiar los

⁶ Theodore ROSENOF: «Freedom, Planning and Totalitarianism: The Reception of F. A. Hayek's *The Road to Serfdom*», *Canadian Review of American Studies*, 5, 2 (1974), pp. 149-165; George H. NASH: *The Conservative Intellectual Movement in America Since 1945*, Wilmington DE, Intercollegiate Studies Institute, 1998, pp. 47-49; Mark A. SMITH: *The Right Talk: How Conservatives Transformed the Great Society into the Economic Society*, Princeton, Princeton University Press, 2007, pp. 99-100; Nick BOSANQUET: *After the New Right*, Londres, Heinemann, 1983, pp. 26-42; Richard COCKETT: *Thinking the Unthinkable: Think-Tanks and the Economic Counter-Revolution*, Londres, HarperCollins, 1994, pp. 9-121, y Andrew GAMBLE: *Hayek: The Iron Cage of Liberty*, Cambridge, Polity Press, 1996.

parámetros *simbólicos* de la política económica» del gobierno federal⁷. Más allá de cuestionar la Gran Sociedad del presidente Johnson y las formas de gestión económica keynesianas imperantes, la administración Nixon inició el proceso de aceptación de formas alternativas de gestión económica, entre las que destacaron las prescripciones propias del monetarismo frente a la inflación y la aceptación de mercados monetarios internacionales desregulados⁸. Paralelamente, la penetración neoliberal en la administración Nixon también transformó las dinámicas internas del movimiento conservador: el prestigio y la experiencia asociados al ejercicio del poder elevaron el estatus de los liberales, alejándolos de la posición subordinada que habían venido ocupando frente al tradicionalismo en el seno de un movimiento más diverso y fragmentado.

El liberalismo neoclásico y el movimiento conservador

Filosóficamente, el movimiento conservador estadounidense de posguerra se componía de dos narrativas ideológicas claramente diferenciadas: tradicionalismo y liberalismo neoclásico. La primera ancla su visión social en la búsqueda de una «sociedad virtuosa» en la que el Estado, mediante su poder de coerción, promueve y preserva ciertas formas de comportamiento basadas, según la luminaria tradicionalista Russell Kirk, en la «intención divina» y «el respeto por los hábitos establecidos y el apego por la continuidad»⁹. El liberalismo neoclásico, por su parte, ofrece una visión social centrada en la libre interacción entre individuos. Desde esta óptica, el principal mecanismo legítimo de coerción son las sanciones sociales aplicadas mediante los mercados y cualquier expansión del Estado más allá de sus funciones esenciales constituye en sí misma una violación del principal bien social: la autonomía del individuo libre. Según la descripción comúnmente aceptada del movimiento

⁷ Kenneth HOOVER y Raymond PLANT: *Conservative Capitalism in Britain and the United States. A Critical Appraisal*, Londres, Routledge, 1989, p. 7.

⁸ Sean WILENTZ: *The Age of Reagan: A History 1974-2008*, Nueva York, HarperCollins, 2008, p. 23, y Mark BLYTH: *Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 2002, pp. 129-132.

⁹ Russell KIRK: *The Conservative Mind From Burke to Santayana*, Chicago, Henry Regnery Co., 1953, pp. 7 y 200-201.

conservador y primero expuesta por el escritor George H. Nash, entre mediados de los años cincuenta y finales de los setenta, el movimiento era, esencialmente, un difícil matrimonio entre estas dos tradiciones filosóficas, unidas por los hercúleos esfuerzos de síntesis «fusionista» llevados a cabo por los *buckleyites*¹⁰.

Ésta es una narrativa iluminadora en tanto uno se centre en el desarrollo del conservadurismo intelectual propuesto por *National Review*. No tanto, sin embargo, si se expande el objeto de análisis al resto del movimiento. Esta hipótesis oscurece el hecho de que, tras 1945, los neoliberales desarrollaron una rica vida intelectual, política y organizativa independiente mediante instituciones como la Mont Pelerin Society o la Foundation for Economic Education¹¹. Contrariamente a la asunción implícita en buena parte de la literatura, los intelectuales de la *Review* se limitaron a reajustar corrientes de pensamiento y actitudes preexistentes a las realidades del mundo de posguerra. Por otro lado, los debates que ocupaban a la *National Review* acerca del equilibrio entre la sociedad «virtuosa» y «libre» parecen haber tenido un escasísimo impacto en la comunidad neoliberal¹². En lugar de «fusionar» tradicionalismo y liberalismo neoclásico, Buckley y sus acólitos fueron más «partidarios» de lecturas tradicionalistas y de excomulgar a aquellos neoliberales excesivamente independientes¹³.

¹⁰ Godfrey HODGSON: *World Turned...*, pp. 44-45 y 51.

¹¹ Entrevista del autor con David Keene 24 de agosto de 2005, Washington; James GATSBY: «Seeds of Schism on the Right», *The New Republic*, 5 de marzo de 1962; David Friedman to Frank Meyer, 1 de diciembre de 1969, f. YAF, caja 66, William F. Buckley Jr. papers, Manuscripts and Archives, Yale University Library (en adelante WFB papers); Alan CRAWFORD: *Thunder on the Right: The «New Right» and the Politics of Resentment*, Nueva York, Pantheon Books, 1980, p. 97; James REICHLEY: *Conservatives in an Age of Change: The Nixon and Ford Administrations*, Washington, Brookings Institution, 1981, pp. 22-26, y David W. REINHARD: *The Republican Right since 1945*, Lexington, KY, University Press of Kentucky, 1983, pp. 5-9.

¹² Frank S. MEYER: «The Twisted Tree of Liberty», *National Review*, 16 de enero de 1962; Stanton EVANS: «Do it Yourself Conservatism», *National Review*, 30 de enero de 1962; L. Brent BOZELL: «Freedom or Virtue?», *National Review*, 11 de septiembre de 1962, y William F. BUCKLEY: *Miles Gone By: A Literary Autobiography*, Washington, Regnery, 2004, pp. 57-94.

¹³ Entrevista del autor con William F. Buckley, 25 de julio de 2005, Nueva York (castellano en el original: Buckley hablaba español con fluidez y la entrevista se produjo en una mezcla de castellano e inglés). David HOEVELER Jr.: *Watch On the Right: Conservative Intellectuals in the Reagan Era*, Madison WI, University of Wisconsin Press, 1991, pp. 24 y 32, y Jerome L. HIMMELSTEIN: *To the Right...*,

Un caso especialmente notable fue el de Friedrich von Hayek, quizás el autor de la justificación filosófica y moral del mercado libre más sofisticada. A pesar del enorme peso de Hayek dentro de la comunidad liberal neoclásica y de su carácter «excesivamente atento y cortés», éste no dudó en trasladar a Buckley su «impresión» de que, aunque *National Review* «trata de contribuir a una causa similar a la mía provoca grave perjuicio a la reputación de dicha causa»¹⁴. Un resultado predecible de semejante dinámica fue la completa subordinación del liberalismo neoclásico en el seno del conservadurismo reconstruido en la *National Review*. Aunque los intelectuales neoliberales lograron retener un notable nivel de influencia entre las juventudes del movimiento, encontraron su principal fuente de influencia dentro de los círculos dominados por los *buckleyites* en un pequeño número de economistas profesionales capaces de proponer alternativas estrictamente técnicas a la economía keynesiana¹⁵. Hacia mediados de la década de los sesenta, Milton Friedman se había convertido en la luminaria intelectual más importante de ese neoliberalismo con vocación práctica. En concreto, Friedman era el exponente más conocido de la «escuela de Chicago»¹⁶.

Miembro del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, cuna de la escuela monetarista, el diminuto Friedman se transformó en un prominente activista del Partido Republicano, adquiriendo, mediante famosos debates públicos, la reputación de ser la clase de oponente con el que «a todo el mundo le encantaba discutir siempre y cuando no estuviera presente»¹⁷. Friedman también poseía el suficiente talento científico para lograr el premio Nobel

pp. 60-62, mantiene la tesis opuesta y percibe al liberalismo neoclásico como la mitad dominante del tándem.

¹⁴ Entrevistas del autor con John Blundell, 1 de abril de 2004, Londres; Milton Friedman, 4 de mayo de 2004, San Francisco; Richard Ebeling, 20 de noviembre 2005, Swindon, UK, y William F. Buckley; Friedrich von Hayek to William F. Buckley Jr., 8 de diciembre de 1961, f Hayek Controversy, caja 14, WFB papers; Theodore ROSENOF: «Freedom, Planning and Totalitarianism...», pp. 149-165, y George H. NASH: *Reappraising the Right: The Past and Future of American Conservatism*, Wilmington DE, ISI Books, 2009, pp. 47-49.

¹⁵ Dorothy to the Editors, «Memo on Letters», 25 de mayo de 1966, f. Interoffice Memos, caja 39, WFB papers, y Allen J. MATUSOW: *The Unraveling of America. A History of Liberalism in the 1960s*, Nueva York, Harper & Row, 1984, pp. 30-59.

¹⁶ Entrevista del autor con Milton Friedman.

¹⁷ Entrevistas del autor con Milton Friedman y John Blundell.

de Economía combinado con la capacidad divulgativa para convertir la economía en el material de libros «superventas», una muy leída columna semanal en *Newsweek* y una exitosa serie de televisión. En 1969, Milton Friedman era para el liberalismo neoclásico lo que William F. Buckley era para el «núcleo duro» conservador. No obstante, a diferencia de Buckley, Friedman sí poseía la clase de habilidades útiles para los gestores de políticas públicas. A mediados de los años sesenta, el monetarismo había generado un conjunto de soluciones prácticas diseñadas para solucionar los problemas a que se enfrentaban las economías avanzadas¹⁸.

El trabajo académico de Friedman le llevó a la convicción de que una fallida política gubernamental de gestión monetaria había agravado y prolongado la Gran Depresión. Desde su punto de vista, en 1929 la Reserva Federal (FED) cercenó el flujo de liquidez excesivamente y durante demasiado tiempo, ahogando a los mercados e induciendo la severa recesión que siguió al colapso bursátil. En plenos años sesenta, Friedman opinaba que las autoridades públicas habían caído en el error opuesto: a fin de estimular el crecimiento económico, se habían pasado años incrementando de forma continua la cantidad de dinero en circulación muy por encima de la cantidad de bienes y servicios producidos e intercambiados. De resultas, Friedman identificó la inflación como principal problema de las economías avanzadas. Algo similar ocurría con el entonces vigente sistema monetario internacional de Bretton Woods y según el cual la mayoría de las grandes monedas internacionales se vinculaban al dólar mediante tipos de cambio fijos en tanto que al billete verde se le adjudicaba un valor fijo de 35 dólares la onza de oro. Friedman, como la mayoría de los economistas neoliberales, consideraba el sistema como un mal sucedáneo de un patrón oro «real» (en el que valor de todas las monedas se establecía directamente en términos de oro, sin pasar por el dólar) aunque a diferencia de buen número de neoliberales Friedman tampoco consideraba que este último fuera «ni posible ni deseable»¹⁹.

¹⁸ Entrevistas del autor con George Shultz, 11 de mayo de 2004, Palo Alto, CA; John Blundell, y Milton Friedman. Acerca de Friedman, véanse Richard COCKETT: *Thinking the Unthinkable...*, pp. 151-156, y Mark BLYTH: *Great Transformations...*, pp. 139-41.

¹⁹ Milton FRIEDMAN: *Capitalism and Freedom*, Chicago, Chicago University Press, 1962 [2002], pp. 58-74, p. 67, e íd.: *A Program for Monetary Stability*, Nueva York, Fordham University Press, 1959, pp. 4-8.

En lugar de Bretton Woods, el de Chicago proponía un modelo, en su opinión más estable y eficiente, de tipos de cambio libres en los que el valor del dólar *vis-à-vis* otras monedas nacionales fuera establecido por el propio mercado. Desafortunadamente para él, nadie parecía estar escuchando²⁰.

Los intelectuales de *National Review* constituían una de las raras excepciones. El limitado poso filoneoliberal presente en el reajuste del credo conservador liderado por Buckley hizo que la *Review* se alineara firmemente con el grueso de las propuestas de gestión económica defendidas por Friedman —aunque manteniendo una considerable distancia en lo referido a las asunciones *morales* propias del liberalismo neoclásico en lo tocante a cuestiones como el consumo recreativo de drogas o la interrupción voluntaria del embarazo—. Para Friedman, estas cuestiones pertenecían a la intimidad individual y el Estado debía minimizar su actividad reguladora sobre las mismas. Los *buckleyites*, por su parte, terminaron inclinándose por opciones diametralmente opuestas²¹. A pesar de las notables diferencias entre ambos, en el curso de una larga relación epistolar iniciada en 1962, Friedman y Buckley entablaron una íntima amistad. Significativamente, Friedman jamás se convirtió en un escritor regular para *National Review*, pero la revista sí publicó ocasionalmente sus artículos y, en marcado contraste con la experiencia de otros neoliberales más proclives a la teorización moral y menos acomodaticios con el tradicionalismo de *National Review* como Murray Rothbard o Ayn Rand (ambos expulsados del movimiento conservador por los *buckleyites*), Friedman terminó convertido en el «oráculo económico» del núcleo duro conservador²².

²⁰ Milton FRIEDMAN y Anna J. SCHWARTZ: *The Great Contraction 1929-1933*, Princeton, Princeton University Press, 1965, en especial pp. 112-123, y Milton Friedman to William F. Buckley, 13 de febrero de 1962, f. 12, caja 37, Milton Friedman papers, Hoover Institution, Palo Alto CA (en adelante MF papers).

²¹ Entrevista del autor con Jeffrey Bell, 29 de agosto de 2005, Washington, y Patrick ALLITT: *Catholic Intellectuals and Conservative Politics in America 1950-1985*, Ithaca, Cornell University Press, 1993, pp. 140-141 y 180-203.

²² Henry Regnery to Milton Friedman, 19 de enero de 1966, f. 15, caja 23, Henry Regnery papers, Hoover Institution, Palo Alto, California (en adelante HR papers); Friedman to Regnery 14 de abril de 1966, *ibid.*; Friedman to Regnery, 11 de enero de 1967, *ibid.*; Milton Friedman to William F. Buckley, 13 de febrero de 1962, f. 12, caja 37, MF papers; Buckley to Friedman, 23 de febrero de 1962, *ibid.*; Murray Rothbard to William F. Buckley, 18 de septiembre de 1958, f. Roberts-Royo, caja 7, WFB papers; Buckley to Rothbard, 7 de abril de 1960, f. Rothbard,

Otro elemento crucial para la unión entre estos liberales clásicos de corte tecnocrático y los *buckleyites* fue la campaña presidencial de Barry Goldwater en 1964. El esfuerzo de Goldwater supuso un rito de pasaje fundamental compartido por todos los miembros de la derecha «respetable» norteamericana y el bautismo de fuego del movimiento conservador en una contienda electoral nacional. Friedman fue alistado para la campaña por William J. Baroody Sr., director del American Enterprise Institute, en aquel entonces un pequeño *think-tank* dedicado a la promoción de los principios del libre mercado entre los políticos y gestores públicos de la capital federal. Aunque Goldwater se negó inicialmente a encontrarse con el de Chicago, el paso del tiempo condujo en este caso también al florecimiento de una estrecha relación personal. En el proceso, cierto número de liberales neoclásicos y discípulos de Friedman proveyeron el grueso de las prescripciones económicas del candidato republicano mientras obtenían una primera y valiosa experiencia política —negada a los *buckleyites*, quienes fueron marginados de la conducta real de la campaña por Baroody una vez que Goldwater capturó la nominación presidencial en las primarias—²³.

Durante los meses que siguieron al descalabro electoral de Goldwater en las elecciones presidenciales de 1964, y a medida que el ritmo político hacia las elecciones de 1968 se aceleraba, Friedman se encontró como cabeza visible de una prominente, aunque subordinada, subfamilia epistémica en el seno del movimiento conservador con excelentes relaciones con el núcleo duro compuesto por los *buckleyites* y con el sector «organizativo» conservador encabezado por la AEI de Baroody. Gracias a Baroody y a sus propias actividades durante la campaña de 1964, Friedman también desarrolló contactos con un grupo de políticos republicanos como Mel-

caja 11, *ibid.*; Russell Kirk to William F. Buckley, 8 de abril de 1961, f. Russell Kirk, caja 14, *ibid.*; entrevistas del autor con Milton Friedman y William F. Buckley; Whittaker CHAMBERS: «Big Sister is Watching You», *National Review*, 28 de diciembre de 1957.

²³ Milton FRIEDMAN y Rose FRIEDMAN: *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pp. 377-381, 344 y 367-373; Milton Friedman to Barry Goldwater, 12 de diciembre de 1960, f. 24, caja 27, MF papers; Goldwater to Friedman, *ibid.*, y Friedman to Goldwater, 12 de abril de 1966, papeles sin catalogar de Milton Friedman, Hoover Institution, Palo Alto, CA (en adelante MF papers [sin catalogar]).

vin Laird, Gerald Ford y Donald Rumsfeld que más tarde nutrirían la futura administración de Richard Nixon²⁴.

Hombres de Nixon

Los liberales neoclásicos se sumaron a la campaña presidencial de Nixon relativamente tarde y en una capacidad estrictamente tecnocrática gracias a los esfuerzos de la candidatura republicana por incorporar talento académico orquestados por Alan Greenspan, el entonces coordinador de políticas domésticas del futuro presidente. Greenspan supervisó la creación de varios grupos de trabajo dedicados a «proponer iniciativas legislativas y ejecutivas para 1969» en áreas como «el presupuesto» o «la gestión económica internacional»²⁵. La representación neoliberal incluía al propio Greenspan —discípulo confeso de Ayn Rand— además de académicos como Fritz Matchlup, George Stigler y Karl Brandt, todos ellos miembros fundadores de la famosa Mont Pelerin Society²⁶. Este grupo se subdividía a su vez en dos sectores separados por una clara barrera generacional: jóvenes como Martin Anderson y Warren Nutter, frente a una generación anterior compuesta por ex-altos cargos de la administración Eisenhower como Herbert Stein, Paul McCracken y Arthur Burns. Friedman, que había sido

²⁴ Entrevistas del autor con Melvin Laird, 16 de mayo de 2006 (telefónica), y Milton Friedman. Incluso tradicionalistas tan enojadizos como Eric Voegelin o Russell Kirk se rindieron al carisma personal y profesional de Friedman, véanse Milton Friedman to Erik Voegelin, 23 de julio de 1983, f. Milton Friedman, caja 13, Eric Voegelin papers, Hoover Institution, Palo Alto, CA (en adelante EV papers); Milton Friedman to Don Lipsett, 13 de marzo de 1961, f. 25, caja 28, MF papers; Melvin Laird to Milton Friedman, 13 de marzo de 1962, f. 31, caja 29, *ibid.*; Friedman to Laird, 28 de marzo de 1962, *ibid.*; Charles Heatherly to Friedman, 16 de marzo de 1966, *ibid.*; Friedman to Heatherly, 14 de abril de 1966, *ibid.*; Leonard Read to Friedman, 11 de septiembre de 1957, f. 2, caja 32, *ibid.*; Friedman to Read, 18 de septiembre de 1957, *ibid.*; Bettina Bien to Friedman, 7 de septiembre de 1961, *ibid.*, y Milton FRIEDMAN y Rose FRIEDMAN: *Two Lucky People...*, pp. 335-337 y 344-345.

²⁵ Memorandum Alan Greenspan to Paul [McCracken (?)], 23 de agosto de 1968, y attachment «Task Forces», MF papers [sin catalogar].

²⁶ Memorandum Alan Greenspan to Paul [McCracken (?)], 23 de agosto de 1968, y attachment «Task Forces», MF papers [sin catalogar], y Herbert Stein to Richard Nixon, 18 de noviembre de 1968, y attachment «Management of the Budget», *ibid.*

discípulo de Burns y el tutor doctoral de Nutter, actuaba en cierto modo como un puente entre ambas generaciones. La distinción es importante, ya que los segundos desplegaron la actitud cauta, moderada y tecnocrática asociada con la presidencia del general, mientras los primeros (y Friedman) presionaron continuamente por iniciativas más rupturistas con la asunciones keynesianas dominantes. Inevitablemente, las riñas de familia entre hombres con experiencias y percepciones marcadamente diferentes pero pertenecientes a la misma comunidad ideológica no tardaron en estallar. La primera surgió en el informe de la Comisión de Política Económica. Los jóvenes, liderados por Friedman, defendían el abandono unilateral del sistema de Bretton Woods mediante la suspensión del compromiso de convertibilidad del dólar al precio de 35 dólares la onza y la eliminación de «todas las restricciones sobre el uso de dólares para adquirir bienes y monedas extranjeros». Los veteranos, liderados por Arthur Burns, aconsejaban el mantenimiento a toda costa del sistema existente²⁷.

A lo largo de las elecciones y durante la primera etapa de su presidencia, Nixon se mantuvo neutral pero inclinado hacia la progresiva desregulación de los flujos internacionales de capital, una actitud diametralmente opuesta a la práctica y el espíritu de Bretton Woods. Aún más importante, la retórica de Nixon durante la campaña adquirió un distintivo tono «friedmanesco», coloreado por frecuentes referencias a la necesidad de «reestablecer la integridad de nuestra gestión fiscal y monetaria» además de eliminar «contra-productores controles» sobre actividades económicas en general y monetarias en particular²⁸.

²⁷ Milton Friedman to Bryce Harlow, 5 de diciembre de 1968, MF papers [sin catalogar]; Milton Friedman, «A Proposal for Resolving the US Balance of Payments Problem», 15 de octubre de 1968, *ibid.*; «Report of the Task Force on International Economic Policy» [Undated], *ibid.*; «Dissenting Statement of the Task Force on International Policy», 1 de abril de 1968, *ibid.*; Gottfried Haberler, [Undated], «Comments on the “Dissenting Statement”», *ibid.*, y Henry Wallich and William Fellner to Paul McCracken, 19 de noviembre de 1968, *ibid.*

²⁸ Richard Nixon to Milton Friedman, 3 de octubre de 1968, y attached statement by Richard M. Nixon, «The Case for Removal of Foreign Investment Restrictions», *ibid.*; véanse también «Economics: Nixon-Humphrey Debate», *Business Week*, 28 de septiembre de 1968; entrevistas del autor con Michael Baroody, 6 de septiembre de 2005, Washington; Howard Phillips, 9 de septiembre de 2005, Washington, y Melvin Laird; Charles Colson to William J. Baroody Sr., 16 de septiembre de 1970, f. American Enterprise Institute (f. 3 de 4), caja Contested Do-

Mientras Nixon acostumbraba al público a giros retóricos basados en el monetarismo, el principal problema al que se enfrentaban sus asesores económicos era la incertidumbre ante una situación dominada por la combinación de persistente inflación y estancamiento económico entre enero de 1969 y mediados de 1971, y que amenazaba con afectar las expectativas electorales republicanas. Excepto por los jóvenes iconoclastas como Martin Anderson y Greenspan, durante el proceso electoral de 1968 Nixon se rodeó de un grupo relativamente reducido de economistas típicamente (entonces) republicanos, cautos y que habían obtenido amplia experiencia de servicio público durante la administración Eisenhower. Tratándose de economistas profesionales y competentes, los asesores económicos de Nixon —a diferencia del público general— eran conscientes de la presión financiera ejercida por la enorme presencia militar norteamericana en ultramar y la expansión del gasto público asistencial desencadenada por la Gran Sociedad. En 1968, la generosidad del gobierno federal se había traducido en índices de inflación en la región del 5 por 100 —los más altos desde la Guerra de Corea, pero desde luego nada que llevara a pensar en los entonces inimaginables dobles dígitos de las década de los setenta—. Más importante, niveles de inflación relativamente elevados se correspondían, tal y como se esperaba, con niveles record de desempleo en alrededor del 3 por 100. Así las cosas, cuando Nixon se hizo con las riendas económicas, el plan de su equipo consistía, básicamente, en tratar de reducir la inflación en alrededor de un punto y medio sin que el desempleo ascendiera en más de un punto. En realidad, la principal preocupación de la Casa Blanca a lo largo del primer año y medio de gobierno consistía en dilucidar si la modesta recesión necesaria para enfriar la economía y controlar la inflación duraría lo suficiente como para dañar las perspectivas republicanas en las elecciones legislativas de 1970. El moderado optimismo económico inicial se veía reforzado por las expectativas de que Nixon cumpliera sus promesas de terminar con la empantanada guerra de Vietnam. El resultante «divi-

cuments (cajas 31 a 59), Charles Colson papers, Nixon Presidential Materials, National Archives, College Park MD (en adelante, CC papers), y Dan Hofgren memo to H. R. Haldeman through Jeb Magruder, «AEI and Related Special Fundraising Efforts», 13 de febrero de 1970, f. American Enterprise Institute (f. 4 de 4), *ibid.*

dendo de la paz» podía así redirigirse a aliviar la presión inflacionaria sobre los índices de precios y el presupuesto federal²⁹.

El optimismo estaba liderado nada menos que por Milton Friedman y sus propuestas monetaristas. Según Friedman, la prudencia fiscal era sin duda una práctica altamente deseable, pero ni los déficits eran la causa real de las presiones inflacionarias, ni la prudencia fiscal pondría fin a las subidas de precios. Friedman consideraba que la inflación era, «siempre y en todo lugar», consecuencia del incremento de la cantidad de dinero en circulación por encima de la cantidad de bienes y servicios producidos e intercambiados. La financiación mediante déficits era un hábito deplorable que contribuía a que el gobierno federal pusiera en circulación más dinero del que debía, pero, en última instancia, la herramienta fundamental para controlar los precios estaba, según informó a Nixon, en el organismo encargado de gestionar los flujos monetarios en el sistema bancario: la Reserva Federal³⁰. Aceptada esta asunción, el remedio monetarista para los males de la economía parecía razonablemente simple: logra que la FED regule el flujo de dinero en el porcentaje adecuado y predecible, y todo debería ir bien. Dado que el citado porcentaje quedaba, según los cálculos de Friedman, por debajo del ritmo impuesto durante los años de Johnson y Kennedy, el primer efecto debía ser una recesión moderada, seguida por la estabilización de los índices de precios y una rápida recuperación. El desempleo debía evolucionar según un patrón similar: ligero aumento por encima de los niveles deseados, seguido de un descenso que debía culminar en una estabilización alrededor de su «tasa natural» —aquella generada por lo que Friedman entendía como el mal funcionamiento «normal» del mercado—³¹.

²⁹ Herbert STEIN: *Presidential Economics: The Making of Economic Policy from Roosevelt to Clinton*, Washington, American Enterprise Institute, 1994, pp. 134 y 150-151; Stephen E. AMBROSE: *Nixon: The Triumph of A Politician, 1962-1972*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990, p. 225; William SAFIRE: *Before the Fall: An Inside View of the Pre-Watergate White House*, Garden City NY, Doubleday, 1975, p. 116, y Daniel Patrick MOYNIHAN: *The Politics of a Guaranteed Income: The Nixon Administration and the Family Assistance Plan*, Nueva York, Vintage Books, 1973, pp. 79-80.

³⁰ William SAFIRE: *Before the Fall...*, pp. 215, y John EHRLICHMAN: *Witness to Power: The Nixon Years*, Nueva York, Simon and Schuster, 1982, p. 248.

³¹ Lanny EBENSTEIN: *Milton Friedman: A Biography*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 161-162.

Dado el creciente prestigio académico de Friedman, quizás no fuera sorprendente que los economistas de la Casa Blanca, todos ellos mentores, protegidos o colegas de aquél, siguieran el modelo monetarista. En cuanto a Nixon, sus instintos personales le inclinaban espontáneamente a aceptar el punto de vista liberal neoclásico. Además, la influencia de Friedman se vio reforzada por la inexperiencia y el relativo desinterés de Nixon en asuntos económicos —estrictamente circunscrito al impacto de éstos sobre sus expectativas electorales—. Esto no quiere decir que la administración tratara de llevar a cabo una revolución en la gestión financiera pública. En términos empleados por McCracken, el gobierno de Nixon no era una entidad «friedmanita», sino «friedmanesca»: el monetarismo no sustituyó, sino que se añadió, a las formas de gestión entonces habituales contra la inflación: presupuestos equilibrados y prudencia en el gasto³².

En términos prácticos, desde principios de 1969 hasta bien entrado 1971 la Casa Blanca de Richard Nixon trató de seguir una política conocida como «gradualismo» o de «prudente firmeza en el viaje» (*steady as you go*), consistente en presupuestos equilibrados combinados con una continua reducción de la oferta de dinero con la esperanza de que el remedio surtiera efecto con los mínimos daños electorales posibles³³. Los principales puntales de apoyo para esta política eran George Shultz, secretario de Trabajo y más tarde director del Presupuesto, y el propio Friedman, que se mantenía en contacto regular con el presidente³⁴. Otros miembros del equipo económico presidencial como McCracken, Burns o Herbert Stein aceptaron el plan de Friedman, pero no sin cierto resquemor mal disimulado³⁵.

³² Herbert STEIN: *Presidential Economics...*, pp. 142-143 y 149-154; Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, pp. 12 y 57-78; Stephen E. AMBROSE: *Nixon: The Triumph of A Politician, 1962-1972*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990, p. 225, y Tom WICKER: *One of Us: Richard Nixon and the American Dream*, Nueva York, Random House, 1991, pp. 548-549.

³³ George Shultz Address to the Economic Club of Chicago, «Prescription for Economic Policy: Steady As You Go», 22 de abril de 1971, f. 15, caja 33, MF papers, y William SAFIRE: *Before the Fall...*, p. 512.

³⁴ Robert MASON: *Richard Nixon and the Quest...*, p. 122.

³⁵ Herbert STEIN: *Presidential Economics...*, pp. 133-135 y 139-140, y List of Invitees for the incoming gathering of the Mont Pelerin Society, f. 7, caja 86, MF papers.

Friedman persuadió a la Casa Blanca de que la inflación era controlable mediante métodos monetaristas sin necesidad de provocar el temido ascenso del desempleo y el subsecuente colapso de apoyo político para el presidente y el *Grand Old Party*. No obstante, el primer obstáculo para aplicar la propuesta «friedmanesca» era la total falta de control de la Casa Blanca sobre, precisamente, la FED. El director de la Reserva Federal en aquel momento no era otro que William McChesney Martin, instalado allí por Truman y responsable, en opinión de Nixon, de la victoria de Kennedy en 1960. Aquel año, la FED contrajo la oferta de dinero en circulación en exceso, provocando (deliberadamente, según el californiano) un incremento del desempleo que dañó fatalmente las posibilidades de los republicanos y otorgó a Kennedy su estrecho margen de victoria. Para desesperación de Nixon y Friedman, la FED replicó una década más tarde su comportamiento de 1960, reduciendo el flujo de liquidez a cero. Al mismo tiempo, Martin se negó a abandonar el puesto antes del final de su mandato mientras los mercados se negaban a creer que la FED persistiría en la línea restrictiva en tanto Martin continuara en el cargo. Esperando un cambio de rumbo, empresas y particulares continuaron incrementado sus ya elevados niveles de endeudamiento y gasto, y por ende alimentando el incremento los precios y los temores de Friedman (y sus acólitos en la Casa Blanca) de que, una vez el efecto de la falta de líquido se hiciera sentir, éste produjera, como ocurrió en 1929, un *shock* súbito y una recesión más severa y electoralmente más dañina de lo necesario³⁶.

La situación debió corregirse en febrero de 1970, cuando Nixon logró instalar a Burns en la FED. Excepto que éste no resultó ser más receptivo a las presiones del ejecutivo que su predecesor. Siempre escéptico acerca de la estrategia monetarista, el nuevo director trató de empujar a la Reserva Federal en la dirección opuesta a la marcada por Friedman, iniciando una campaña cada vez más vigorosa a favor de una estrategia supuestamente anatema para cualquier liberal neoclásico: la imposición de controles directos sobre precios y salarios a fin de controlar la inflación³⁷. Un Nixon «muy angustiado» se resistió tercamente a formas de

³⁶ Milton Friedman to Richard Nixon, 13 de marzo de 1970, MF papers [sin catalogar], y Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, pp. 24-27.

³⁷ John EHRLICHMAN: *Witness to Power...*, pp. 250-253 y 256.

gestión en las que, genuinamente, no creía³⁸. Entretanto, los demócratas en el Congreso, sensibles a la creciente demanda pública de acción contra la inflación, sabedores de las inclinaciones de Nixon y, por tanto, no esperando un cambio de rumbo en la política económica, optaron por incrementar la presión sobre el presidente concediéndole poderes especiales para, precisamente, imponer controles sobre precios y salarios. Nixon percibió correctamente el movimiento de sus adversarios políticos como un «complot» diseñado para «poner la pelota política en mi tejado»³⁹. Llegados a principios de 1971, el presidente veía cómo una iniciativa política comparativamente valiente, innovadora y con fuertes connotaciones conservadoras se veía atacada tanto desde la izquierda en el Congreso como desde la derecha —nada menos que su propio director de la FED— mientras que el Consejo de Asesores Económicos manifestaba, si bien al menos en privado, serias dudas.

Friedman, sus acólitos y los conservadores de *National Review* eran, en este momento, las únicas fuentes de conocimiento económico defendiendo la postura de la Casa Blanca⁴⁰. Desafortunadamente para Nixon y sus asesores, con la campaña presidencial de 1972 ya a la vista y tras el descalabro en las elecciones legislativas de 1970, las herramientas habituales para gestionar y predecir el comportamiento económico ya estaban, como los propios economistas reconocían, obsoletas. Por un lado, el ahorro generado por la lenta retirada de Vietnam fue devorado por costosos incrementos imprevistos en los programas sociales de la Gran Sociedad⁴¹. Por otro, la inflación continuó en su proceso de lenta escalada *en paralelo con el desempleo*. Dado que, según la entonces canónica «curva de Phillips», la inflación debía cancelar el desempleo, se suponía que ambos no podían darse simultáneamente. Paul McCracken, cabeza visible del Consejo de Asesores Económicos, confesó años más tarde que para la mayor parte de los economistas profesionales el

³⁸ Jonathan AITKEN: *Charles W. Colson: A Life Redeemed*, Nueva York, Waterbook Press, 2005, pp. 222-223.

³⁹ Richard NIXON: *RN: The Memoirs of Richard Nixon*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1978, pp. 516-517.

⁴⁰ Henry HAZLITT: «Dollars at a Discount», *National Review*, 1 de junio de 1971.

⁴¹ «A Whig in the White House: Daniel Patrick Moynihan», *Time*, 16 de marzo de 1970, y Daniel Patrick MOYNIHAN: *The Politics of a Guaranteed Income...*, pp. 75.

fenómeno de la *estanflación* estaba rodeado de «una buena dosis de misterio». Arthur Burns, en su calidad de director de la FED, admitía libremente que «las normas que gobiernan la economía no están funcionando como solían hacerlo»⁴².

Mientras Richard Nixon cultivaba su frustración acerca de la inflación y el desempleo, la economía norteamericana empezó a sufrir los efectos de otra fuente de peligro potencial. El sistema de Bretton Woods había funcionado durante tres décadas de crecimiento espectacular⁴³. No obstante, en 1971 los banqueros centrales del viejo continente veían los severos problemas de la economía norteamericana con la misma claridad que el propio Nixon. También barruntaban (correctamente) la tentación que para aquél suponía la posibilidad de devaluar controladamente el dólar a fin de estimular los sectores exportadores de la economía de los Estados Unidos, reducir las importaciones y tratar así de equilibrar la sangría de dólares hacia el exterior⁴⁴. Lamentablemente, una devaluación significativa del dólar también implicaba una reducción del valor de las reservas nacionales europeas denominadas en moneda americana. Para Nixon, la alternativa de los europeos también era fácil de discernir: forzar a la FED a que cumpliera su obligación de intercambiar dólares por el oro de sus propias reservas *antes* de que se produjera la devaluación. Excepto que todos los protagonistas, en principio, aún recordaban los amargos años treinta. Tal y como lo expresó un politólogo británico, el sistema de Bretton Woods se diseñó, precisamente, para gestionar crisis como la que emergía en 1971 y prevenir otro descenso en el caos de las devaluaciones competitivas del periodo de entreguerras.

Durante el verano de 1971 Nixon empezó a ver la situación bajo una luz diferente a la habitual. Milton Friedman, de nuevo, había venido ofreciendo al presidente una escapatoria de los laberintos de las finanzas internacionales. Acorde con modos de pensamiento

⁴² Citado en William SAFIRE: *Before the Fall...*, p. 491; Paul W. McCracken: «Reflections of an Economic Policy Maker: A Review Article», *Journal of Economic Literature*, 18, 2 (1980), pp. 579-595, p. 581, y Stephen M. Weatherford: «The Interplay of Ideology and Advice in Economic Policy: The Case of Political Business Cycles», *The Journal of Politics*, vol. 49, 1 (1987), pp. 925-952, pp. 928-929.

⁴³ Francis J. Gavin: *Gold Dollars and Power: The Politics of International Monetary Relations, 1958-1971*, Londres, University of North Carolina Press, 2004.

⁴⁴ Maurice H. Stans: *One of the President's Men: Twenty Years with Eisenhower and Nixon*, Washington, Brassey's, 1995, pp. 152-154 y 162-163.

puramente liberal neoclásicos, y dado que Friedman asumía que la introducción de un patrón oro puro era en cualquier caso imposible, el de Chicago aconsejó la suspensión unilateral de la convertibilidad del dólar, la eliminación de la miríada de controles que garantizaban el mantenimiento de tipos de cambio fijos y la sustitución de aquéllos por el mecanismo de libre mercado. Como ante el «gradualismo», los asesores presidenciales reaccionaron de forma desigual y variada. En general, todos los economistas del presidente se oponían por principio a la intervención pública en el libre mercado, incluidos aquellos que afectaban al comercio y los intercambios monetarios internacionales. No obstante, aquellos que podían recordar la brutalidad de la Gran Depresión, como Burns, aborrecían aún más la perspectiva de un sistema monetario internacional caótico y desordenado. Los debates internos se inclinaron hacia la postura de Friedman cuando el gobierno británico perdió los nervios y solicitó «garantías» de la FED sobre la conversión de los dólares en manos del Banco de Inglaterra en oro —aunque no una conversión en efectivo, como algunos en la administración alegaron—. Para Paul Volker, entonces un joven vicesecretario del Tesoro firmemente apegado a Bretton Woods, la acción de los británicos provocó una epifanía. «Toda mi vida he defendido los tipos de cambio fijos» afirmó, pero ahora es necesario un «cambio». En principio Volker propuso un sistema «transicional» hasta la creación de un «sistema reformado» de tipos fijos⁴⁵. Más adelante se convertiría en uno de los arquitectos del desmantelamiento del sistema de tipos de cambio fijos.

Mientras los economistas lidiaban con comportamientos económicos aberrantes, Nixon se preparaba para gestionar la situación sin perder de vista el ciclo político. El presidente aplicó a lo económico una estrategia diseñada para maximizar la satisfacción de un sector de opinión lo más amplio posible. En realidad se trataba de una táctica ensayada en prácticamente todas las iniciativas emprendidas por el de California en el plano doméstico, desde el Family Assistance Plan (FAP) hasta su exitosa estrategia para eliminar el servicio mili-

⁴⁵ Citado en Joseph B. TREASTER: *Paul Volker: The Making of a Financial Legend*, Hoboken NJ, Wiley, 2004, pp. 43-44; citado en Perry MEHLING: «An Interview with Paul Volker», *Macroeconomic Dynamics*, 5 (2001), p. 443, y John S. ODELL: «The US and the Emergence of Flexible Exchange Rates: An Analysis of Foreign Policy Change», *International Organization*, vol. 33, 1 (1979), pp. 68-69.

tar obligatorio pasando por la aparentemente confusa (pero también eficaz, según los criterios de la Casa Blanca) política de derechos civiles de la administración⁴⁶. Nixon siguió un curso de acción similar cuando afrontó lo que sería la decisión más importante de su mandato —la suspensión de la convertibilidad del dólar combinada con la imposición de controles sobre los precios adoptada en el verano de 1971—. La política económica nixoniana no consistió en una cadena de «zigs» a la izquierda y «zags» a la derecha como se ha sugerido, sino en la combinación *simultánea* de ambos⁴⁷. Así, Nixon aunó en lo económico la solución más drástica propuesta por los sectores liberal-progresistas —controles sobre precios y salarios— con una alternativa neoliberal —cerrar la «ventanilla del dólar»— tan radical que fue discutida incluso por buena parte de su propio equipo económico. Significativamente, Nixon también colocó a economistas neoliberales —como George Shultz, un amigo personal y discípulo de Milton Friedman y William Simon, discípulo a su vez de Shultz— frontalmente opuestos a cualquier tipo de intervencionismo público a cargo de la planificación de los controles y del aparato burocrático creado para implantarlos⁴⁸. Nixon completó su «Nueva Política Económica» (NPE) cubriendo ambas iniciativas bajo un manto retórico conservador y populista.

En su célebre discurso «Los Retos de La Paz», Nixon atrapó a los demócratas en su renuncio particular enfatizando cómo el cierre de la ventana del dólar y la imposición de controles (implementada con los poderes especiales que aquéllos le habían concedido contra su propia voluntad) eran acciones de un líder que iba «a actuar sin timidez, sin dudas, inequívocamente». Subsecuentemente, en puro estilo nixoniano, el californiano procedió a identificar a los «especuladores monetarios internacionales» y a los «comerciantes monetarios internacionales» como el enemigo de «los trabajadores americanos». El mensaje se dirigía, sin ninguna duda, a la masa de votos procedentes de la clase trabajadora y la clase media suburbana que Nixon identificó como su electorado natural en 1968 y 1970. No

⁴⁶ Matthew LASSISTER: *The Silent Majority...*, y David SARIAS: «Las primarias republicanas de 1968: Richard Nixon...».

⁴⁷ La descripción de los «zigs y zags» nixonianos en Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, p. 4.

⁴⁸ William E. SIMON: *A Time for Reflection: An Autobiography*, Washington, Regnery Publishing Inc., 2004, pp. 67 y 100.

obstante, dado que el hombre del saco permanecía en un discreto anonimato, la variedad de «trabajador americano» empleado en Wall Street se situaba, presumiblemente, en la misma categoría que los albañiles de Nueva York por entonces manifestándose en apoyo de la Casa Blanca. En cualquier caso, una vez entregado el mensaje, Nixon evitó dejarse llevar y exculpó a los, también anónimos, «miembros responsables de la comunidad bancaria»⁴⁹.

Si la retórica presidencial estaba finamente sintonizada para no ofender a ningún miembro de la «nueva mayoría» nixoniana, las iniciativas prácticas emprendidas en aquel verano de 1971 iban dirigidas en la misma dirección, combinando magistralmente opciones aparentemente keynesianas y formas de desarrollo práctico puramente neoliberales. En el frente keynesiano, la administración procedió a crear un Consejo para el Coste de Vida teóricamente diseñado para monitorizar una congelación de noventa días de duración sobre precios y salarios, a la que Nixon añadió un impuesto extraordinario del 10 por 100 sobre todas las importaciones. Medidas ambas, según Nixon, destinadas a «mejorar nuestra balanza de pagos» y «aumentar los empleos para americanos». Al mismo tiempo, el Nixon neoliberal tuvo a bien crear un Consejo sin poderes algunos y dependiente de la «cooperación voluntaria» tanto de trabajadores como de empresarios. Es importante señalar aquí que la lógica de Paul Volker para acabar con Bretton Woods se originaba en su escepticismo ante la capacidad de los grandes bancos nacionales de coordinarse entre sí como habían venido haciendo desde 1947. Al parecer, el equipo presidencial veía más probable que el poderoso sindicato AFL-CIO, liderado por el feroz George Meany, sacrificará los intereses de sus miembros en aras de preservar los beneficios de la patronal⁵⁰. Asimismo, Nixon también enfatizó que el impuesto extraordinario sobre importaciones era una medida «temporal», ya que «colocar una camisa de fuerza permanente sobre la vigorosa economía americana» habría «ahogado la expansión de nuestro mercado libre». En esta línea, el propio cie-

⁴⁹ Richard NIXON: «The Challenge of Peace», 15 de agosto de 1971, *The American Presidency Project*, <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=3115>, consultado el 31 de julio de 2010, y Karen M. HULT y Charles E. WALCOTT: «Policymakers and Wordsmiths: Writing for the President under Johnson and Nixon», *Polity*, vol. 30, 3 (1998), pp. 465-487.

⁵⁰ Joseph B. TREASTER: *Paul Volker...*, p. 44.

rre de la ventanilla del dólar había sido un objetivo del muy neoliberal Milton Friedman desde 1968⁵¹.

El keynesianismo de Nixon carecía de compromiso real e iba además acompañado por un recorte en el gasto público de cuatro mil millones de dólares, incluyendo una reducción del 5 por 100 del personal federal y la suspensión oficial de buen número de reformas del Estado de bienestar. Nixon se declaró a sí mismo «keynesiano», pero aún retenía su compromiso con el «espíritu competitivo» del mercado libre y con la reducción del gasto público asistencial⁵². En términos de gestión pública, tal y como Nixon bien sabía, la estrategia adoptada estaba destinada al fracaso a medio plazo⁵³. No obstante, los objetivos de Nixon ni se situaban en el terreno de la eficiencia en la gestión ni se extendían mucho más allá de las elecciones de presidenciales de 1972. Desde ese punto de vista, la combinación de tímido keynesianismo tendente a posturas conservadoras y acompañado de una retórica populista neoliberal fue tremendamente exitosa. En un primer momento, los controles parecieron contener el alza de los precios, al mismo tiempo que una expansión en el gasto federal secretamente ordenada por la administración (y diametralmente opuesta a las iniciativas de austeridad oficiales) mantuvo los niveles de desempleo dentro de límites tolerables durante los meses inmediatamente anteriores a las elecciones presidenciales⁵⁴.

Entre tanto, los liberales neoclásicos liderados por Friedman mantenían que la moderación en los precios que siguió a «Los Retos de la Paz» era en realidad el predecible resultado de las políticas monetaristas seguidas por Nixon hasta entonces y denunciaron vigorosamente la imposición de unos controles que ellos creían inútiles o contraproducentes. No obstante, también se vieron obligados a celebrar el fin de Bretton Woods y a suavizar sus críti-

⁵¹ Milton Friedman to Bryce Harlow, 5 de diciembre de 1968, MF papers [sin catalogar]; Friedman to Maurice Stans, 3 de marzo de 1969, f. 29, caja 33, MF papers, y Stans to Friedman, 7 de marzo de 1969, *ibid*.

⁵² Richard NIXON: «The Challenge of Peace...».

⁵³ De hecho, las iniciativas de Nixon contribuyeron, tal y como el presidente sospechaba que ocurriría, a la aceleración inflacionaria ocurrida *después* de las elecciones de 1972 —y *después*, por tanto, de la victoria electoral Republicana—. Burton A. ABRAMS: «How Richard Nixon Pressured Arthur Burns: Evidence from the Nixon Tapes», *Journal of Economic Perspectives*, vol. 20, 4 (2006), pp. 177-188, p. 179.

⁵⁴ Allen J. MATUSOW: *Nixon's Economy...*, pp. 184-186 y 198, y Burton A. ABRAMS: «How Richard Nixon Pressured Arthur Burns...», p. 178.

cas hasta un punto en el que el propio Friedman se encontró a sí mismo defendiendo las actividades de la Casa Blanca⁵⁵. Los horroizados *buckleyites*, por su parte, correctamente renombraron la NPE la «Nueva Política Electoral» del presidente. Sin embargo, por motivos no muy distintos de los que movieron a Friedman, en 1972 también terminaron apoyando a Nixon frente a su rival demócrata⁵⁶. Así pues, la NPE marcó el punto álgido del funambulismo ideológico sobre el que Nixon había construido toda su primera legislatura. Entre agosto de 1971 y las elecciones presidenciales, la Casa Blanca pudo neutralizar la economía como baza electoral para los demócratas. A lo largo de los meses que siguieron, el equipo económico del presidente diseñó —improvisando sobre la marcha y navegando en un mar de incertidumbre— tres «fases» sucesivas que no lograron eliminar los controles pero tuvieron un rotundo éxito a la hora de consolidar el apoyo a Nixon entre el sector financiero y entre los trabajadores vinculado a los grandes sindicatos que habían venido alejándose del partido demócrata.

En última instancia, la administración Nixon fue el trampolín desde el que una nueva generación de gestores públicos y tecnócratas conservadores logró realizar un salto cualitativo crucial que les llevó a intentar, por primera vez, un cambio de rumbo en los modos de gestión de la economía política norteamericana tanto en el plano doméstico como en el internacional. Todos los miembros de la comunidad conservadora eran conscientes de que Richard Nixon —a diferencia de Reagan y Goldwater— ni pertenecía al movimiento conservador ni podía considerarse como un líder del mismo. Sin embargo, las circunstancias, unidas a los instintos neoliberales y las fobias antiburocráticas de Nixon, conspiraron para facilitar la irrupción, en los círculos de la alta política nacional, de un pequeño grupo de economistas cuya principal baza fue presentar un plan coherente aparentemente listo para ponerse en práctica *antes* de que la situación económica se tornara insostenible. Nixon abandonó el experimento monetarista cuando colisionó con sus

⁵⁵ Milton Friedman to Alan Greenspan, 2 de octubre de 1972, MF papers [sin catalogar]; Friedman to Greenspan, 12 de octubre de 1972, *ibid.*; Friedman to Sam Brittan, 8 de octubre de 1971, f. 33, caja 21, MF papers, y Friedman to George Shultz, 25 de septiembre de 1971, *ibid.*

⁵⁶ Sarah Katherine MERGEL: *Conservative Intellectuals...*, pp. 95-101, y William F. BUCKLEY: «Goodbye Milton Friedman», *National Review*, 17 de septiembre de 1971.

necesidades electorales de 1972, pero no debe olvidarse que los asesores del presidente tampoco fueron capaces de facilitarle una guía de actuación clara. Tal y como McCracken o Burns, o incluso el siempre optimista Friedman reconocieron, los problemas económicos de Richard Nixon estaban entonces «más allá» de la «capacidad de los economistas»⁵⁷.

Algo similar ocurrió en lo tocante a Bretton Woods. Nixon y su secretario del Tesoro no tuvieron reparo en abandonar el impulso desregulador iniciado en agosto de 1971 una vez que éste dejó de ser electoralmente útil, pero, tras el cierre de la ventanilla del dólar, los asesores presidenciales, lejos de ofrecer opciones claras para frenar o reconducir el oportunismo político de Nixon, fueron incapaces de diseñar un curso de acción claro o incluso de decidir si la suspensión debía ser permanente o tan sólo una solución temporal. Así, poco después de que Nixon pronunciara «Los Retos de La Paz», un nervioso Friedman se vio obligado a emplearse a fondo para que la Casa Blanca perseverara en el curso de acción rupturista. Recurriendo a los bajos instintos nacionalistas del secretario del Tesoro John Connally, Friedman le advirtió contra la posibilidad de «dejarse engañar por las presiones de la banca extranjera» que, según el de Chicago, estaba «intentando desesperadamente retener su influencia ilegítima sobre nuestras políticas»⁵⁸. Aun así, poco después, la disputa interna entre partidarios de tipos de cambio fijos y «liberalizadores» se inclinó hacia los primeros cuando, en diciembre de 1971, Connally finalmente cedió a las presiones de Arthur Burns y optó por una reestructuración parcial del sistema de Bretton Woods sobre un dólar devaluado⁵⁹. Meses más tarde, la sustitución de Connally por George Shultz como secretario del Tesoro en mayo de 1972 terminó de reconducir la política oficial norteamericana, con el apoyo de otros firmes conversos a las tesis de Friedman como Stein, Volker y Peter Flannigan, al definitivo abandono del sistema de tipos de cambio fijos entre febrero y marzo de 1973.

⁵⁷ Milton Friedman to Richard Nixon, 21 de diciembre de 1971, MF papers [sin catalogar].

⁵⁸ Milton Friedman to John Connally, 30 de septiembre de 1971, f. 15, caja 33, MF papers, y Joanne GOWA: *Closing the Gold Window: Domestic Politics and the End of Bretton Woods*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1983.

⁵⁹ John S. ODELL: *US International Monetary Policy...*, pp. 286-288.

Subsecuentemente, tanto los economistas como los historiadores profesionales han tendido a proyectar cierto aire de inevitabilidad sobre el colapso de Bretton Woods. No obstante, al igual que en 1971 y en 1972, en 1973 ni las condiciones económicas por sí solas —que demandaban la introducción de reformas, pero no dictaban la dirección de éstas—, ni las presiones del sector financiero —aún firmemente anclado al intervencionismo estatal— pueden explicar la adopción de iniciativas monetaristas deliberadamente rupturistas con el consenso existente. El progresivo abandono del keynesianismo de posguerra y el paralelo fortalecimiento de la alternativa liberal neoclásica —en otras palabras, el cambio de dirección en las inercias ideológicas que condicionan las opciones abiertas a los gestores de políticas públicas— no se debieron sólo a condicionantes externos. El convencimiento ideológico de los hombres de Nixon desempeñó un papel igual o más importante. Significativamente, tras los experimentos económicos pilotados por Richard Nixon, las principales compañías estadounidenses reaccionaron ante la crisis de los setenta dirigiendo su apoyo económico hacia organizaciones vinculadas a círculos liberal-neoclásicos, como el American Enterprise Institute, que hasta entonces habían desdeñado por considerarlas demasiado extremistas y alejadas del consenso político establecido⁶⁰. Nixon fue el primer presidente en poner el prestigio inherente al más alto cargo del Estado al servicio de la narrativa liberal neoclásica. Tras su presidencia, nadie cuestionaría ya la credibilidad del liberalismo neoclásico como forma de análisis plausible y forma de gestión respetable.

⁶⁰ Kim PHILLIPS-FEIN: *Invisible Hands...*, pp. 150-156 y 163-164.